

Carlos Goñi

El Caballero Enamorado



Cuando, tras la muerte de Don Quijote, Sancho Panza cree recibir desde el féretro del ingenioso hidalgo el sagrado encargo de buscar otro amo para no dejar morir el espíritu de la andante caballería, se desata la historia de una obsesión similar a la que plasmara Cervantes. Ocupado ahora con un hidalgo viudo, enamorado todavía, melancólico y poeta, Sancho lo convence para que se haga caballero andante con el nombre de don Trujo del Jabalón y vaya a rescatar a su amada Margarita de los infiernos. En este logradísimo homenaje a la obra cumbre de Cervantes que da continuidad a la pugna entre locura y cordura, sueño y realidad en la mejor tradición cervantina, con un lenguaje similar al de la obra pero que resulta perfectamente comprensible al lector del siglo XXI, Carlos Goñi, autor de novelas, ensayos y obras de divulgación, regala al lector una obra tan sorprendente como emocionante.

A Pilar

Agradecimientos

Quedo profundamente agradecido a don Ernesto García Numantino, caballero andante y enamorado, maestro, amigo y compañero, quien tuvo conocimiento de las aventuras de don Trujo al paso que estas sucedían, y puso, quitó y reajustó vocablos y conceptos de este singular relato.

Y a don José Pedrosa de Molina, amigo del alma, quien a la manera de Sancho alentó mi ánimo cuando el paso de las páginas hizo pesada la pluma.

Capítulo I

De cómo Sancho Panza se despidió de su señor don Quijote *corpore insepulto* y del encargo que de él recibió^[1]

Los funerales de don Alonso Quijano, el que fuera en otro tiempo caballero andante don Quijote de La Mancha, llenaron la pequeña iglesia de aquel lugar de cuyo nombre no quiso acordarse quien escribió su historia. La fama de su persona y la noticia de su muerte traspasaron la comarca y la región, y llegó a los Madriles, a Aragón y a Cataluña, de donde vinieron gentes de alcurnia, a lo menos grandes de España, señores, marqueses y condes. Algunos comentaban que allí estuvieron de incógnito don Antonio Moreno de Barcelona, don Diego de Miranda y los duques de Zaragoza, y que la señora duquesa arrojaba lágrimas como puños y suspiros tan profundos que estremecieron hasta al *corpus insepulto* de don Alonso Quijano. Otros aseguraban que una moza desconocida, que no habló con nadie y a quien nadie habló, era la mismísima Aldonza Lorenzo del Toboso, la que fuera Dulcinea en la ficción.

En un rincón se hallaba el apenado Sancho Panza, el escudero andante del andante caballero, ahora viudo de su amo, ajeno a todo y a todos, sumido en una tristeza infinita, llorando para adentro mientras los demás lo hacían hacia fuera, hablando en su interior con el interior de ese ataúd de pino que guardaba los despojos del más arrojado y valiente caballero que vieron los tiempos pasados y presentes, y que no verán los futuros a no ser que algún escritor sin escrúpulos lo inventare.

«Si algo así ocurriera —se decía Sancho entre dientes— juro por lo más sagrado que este tu escudero, “manque” no sabe leer, en cuanto llegue a sus oídos que se ha estampado un libro de esa calaña sabrá buscarle y encontrarle, y cuando lo hallare no dejará ejemplar sin saborear la hoguera por más que haya de recorrer España de oriente a poniente y del punto más norte hasta las costas de Cádiz».

Mientras Sancho rumiaba estos escuderiles pensamientos, el cura subido al púlpito arengaba a aquel ejército de feligreses que venían a dar el último adiós al último gran soldado que había dado al mundo La Mancha. Les hablaba del hidalgo Alonso Quijano el bueno, de su vida tranquila, de sus costumbres cotidianas y sus aficiones, de cómo murió cristiano y arrepentido y vuelto a la cordura que nunca debió perder. Maldijo los libros de caballerías por haberle robado los sesos a quien tan bien puestos los tenía y dijo que habría que dar con todas esas novelas mentirosas en la misma hoguera que en su mente estaba encendiendo Sancho Panza, el cual al oír lo que él estaba pensando volvió de sus pensamientos.

—El único libro verdadero —el cura ahora saltaba a la teología— es aquel que inspiró el mismo Dios para que el pecador se arrepienta de sus pecados y enderece su camino, para que el pobre se vuelva rico, el rico magnánimo, el soberbio manso, el egoísta dadivoso, el impúdico pudoroso, el santo más santo...

Las palabras del cura perdieron fuerza y se quedaron revoloteando entre las paredes negras de la iglesia, porque fueron sustituidas por los pensamientos de Sancho que reclamaban toda su atención, y eran que creía oír en su cabeza a su amo dándole instrucciones precisas para continuar lo que él había comenzado:

«Podrán enterrar este cuerpo mortal, amigo Sancho, pero nunca conseguirán sepultar la gloriosa orden de la caballería andante que tú y yo hemos profesado y no nos está permitido dejar de profesar mientras nos quede un hálito

de vida —creía oír la voz de don Quijote que le hablaba desde dentro del féretro—. A mí me llevan las Parcas y ya me espera el barquero para pasarme a la otra orilla, desde donde solo puedo darte ánimos para que busques otro amo que siga mis pasos y remate mi obra y no deje este mundo abandonado a los rufianes y embaucadores, a los ladrones y aprovechados, expuesto a tantos males y reveses que solo un brazo de un verdadero caballero andante puede enderezar. ¡Ánimo, Sancho! ¡Busca a tu nuevo amo y poneos luego manos a la obra, que todavía queda mucho por hacer! ¡Viva la caballería andante!».

—¡Viva la caballería andante! —repitió Sancho Panza a voz en grito sin percatarse de ello.

Aquel grito silenció las palabras del cura, que ya llegaban a su fin. Todas las miradas cayeron sobre el pobre escudero, quien se encogió sobre sí mismo, y un rumor opaco recorrió la nave como un oleaje repentino. El orador perdió el hilo de su discurso y acabó como no había pensado acabar, con una fórmula demasiado corriente para un difunto tan señalado. Mirando de reojo al encogido Sancho, el cura dijo:

—Descanse en paz.

Y todos respondieron al unísono, como soldados bien adiestrados:

—¡Amén!

—¡Amén! —coreó Sancho mientras se persignaba con la barbilla clavada en el pecho.

El cura bajó del púlpito y se dirigió al altar no sin echar una mirada inquisidora a quien había delinquido de aquella manera y en aquel sagrado lugar. La ceremonia prosiguió su liturgia y Sancho y todos los presentes la siguieron con exquisito silencio y gran devoción.

Acabada la misa, el celebrante volvió a mirar a Sancho Panza, ahora no para recriminarle su incompuesta sino para darle la señal de tomar el féretro. Así lo hizo Sancho junto al barbero maese Nicolás, al bachiller Sansón Carrasco y

a Pedro Alonso, el vecino que recogió a don Quijote malherido en su primera salida.

Con los despojos de don Alonso Quijano, que para Sancho eran los de don Quijote, salieron en procesión hacia el cementerio, el cual se hallaba a un tiro de ballesta de la iglesia. Primero el cura y los monaguillos, después el féretro seguido del ama y la sobrina del muerto, enlutadas como cuervos, más atrás un reguero de amigos, vecinos y conocidos de tan célebre difunto. El escudero llevaba la oreja pegada al ataúd y así pensaba oír mejor lo que su amo le decía, que no era otra cosa que lo mismo que ya le había dicho durante la misa: que buscarse otro amo a quien servir por servir así a la eterna caballería para la que, si bien él no había nacido, bien se había curtido en las aventuras pasadas. Entre sollozos y suspiros, Sancho se las arregló para dejar las cosas arregladas con su señor antes de que le cubriese la tierra que, a su entender, por mucho que se le desee a uno, ya sea en latín^[2] o en turco, nunca puede ser leve, pues en ella todos entran pero no se ha conocido a nadie que de ella hubiera salido.

Tras el responso, Sancho Panza se derrumbó, se abrazó al ataúd y comenzó a besarlo como si besara a quien estaba dentro mientras decía:

–Caballero de la más alta caballería, don Quijote de La Mancha, Caballero de los Leones, el de la Triste Figura, que dejáis más triste a la de quien aquí dejáis huérfano, no os vayáis todavía, que la tierra puede esperar pero el mundo os necesita.

El barbero y el bachiller tomaron no sin fatiga de los brazos a Sancho y, ya manso y resignado, vio cómo sobre la caja inánime caían las últimas gotas de agua bendita, las últimas lágrimas que se derramaban por el hidalgo Alonso Quijano el bueno. El sepelio concluyó con un *requiescat in pacem*^[3] y tierra sobre el enterrado. En un santiamén la muchedumbre abandonó el camposanto, ya sin lágrimas como

se ha dicho, pero con una profunda pena en el alma de ver cómo acababa la vida de quien tanta tenía cuando la tenía.

Al día siguiente se despertó Sancho antes del amanecer muerto de hambre. Por haberlas tenido abandonadas tantas horas se le habían despertado las tripas y no le dejaban dormir.

—Anda Teresa —despertó a su mujer con más ternura de la habitual—, prepárame un par de huevos con un buen trozo de chorizo o morcilla o unos pedazos de tocino, que siento que se me va el espíritu de tan vacío que me hallo.

—No sé de dónde me voy a sacar yo los huevos y todas esas viandas que me pide mi señor marido —respondió Teresa en tono de malas pulgas—. Si los tuviera no me tendrías que sacar de la cama con tanta prisa, que ya me los hubiera cenado anoche y ahora dormiría a pierna suelta, no encogida como estoy porque no se me escapen las tripas a buscar comida lejos de aquí, pues te aseguro que en esta casa, por todos los santos, no ha entrado una miaja de pan en una semana.

Sancho se incorporó en el lecho y algo airado preguntó a su mujer:

—¿Y dónde están los dineros que te traje yo de cuando fui gobernador en mis andanzas con el caballero don Quijote?

—¿Dineros? —reía Teresa Panza—. ¿Así los llama su excelencia? Me río de tus dineros de fantasía. Míralos tú mismo, tendrán algún valor en los libros esos donde has estado, pero en la vida real valen lo que piedras y menos que las hojas en que están escritas esas hartadas de mentiras y sutilezas que engañan a los que no tienen nada que hacer y mucho que entretener. Nosotros estamos pelados, marido mío, y si quieres seguir siéndolo, más te vale que dejes esas pajas y te vayas a buscar trabajo porque el que tenías se lo han dado a otro. Nadie quiere un escudero en su viña,

ni un paje en su olivar, sino brazos fuertes y diligentes, porque las hoces de plata no siegan los campos y los caballos alados no labran la tierra.

Confundido y hambriento salió Sancho Panza de su casa y se encaminó hacia La Quijada, la hacienda de don Quijote, tanto llevado por la costumbre como por la necesidad. Allí encontró a la sobrina hirviendo un puchero de leche de la cual ordeñó una buena taza de natas con que cubrió una hermosa tostada y se la ofreció a Sancho, quien se desayunó en un santiamén como si llevara una eternidad sin probar bocado. La sobrina sintió en el alma no poder dar trabajo a quien tanto había cuidado de su tío, pero desde que don Alonso se empeñó en ser don Quijote se había visto obligada a arrendar los campos a un vecino del lugar: ella solo llevaba las gallinas, los cerdos y una huerta a la que estaba invitado a entrar y a tomar a discreción cuanto necesitara.

Toda la mañana estuvo Sancho de casa en casa preguntando si hacían falta un par de manos para tomar la azada, la guadaña o los ramales, pero todo fueron nones, algunos con pesar y otros con cierta socarronería como diciendo: «Aquí no falta escudero, que las armas me las llevo yo». Abatido por el cansancio y la decepción, volvía Sancho a su casa cuando fue a topar con la iglesia. De allí salía el cura, quien viendo al vencido escudero se acercó a interesarse por su persona. En breves razones entendió por lo que el pobre Sancho estaba pasando y también con la solución, pues a los que con Dios andan, Dios los protege. El licenciado entró a Sancho en su casa, que allí mismo estaba, y le hizo sentarse a la mesa mandando luego a su ama que les sirviera la comida. Tras el frugal viático, que a Sancho Panza le supo a banquete, pues las natas de la mañana las tenía ya en las uñas de los pies, el cura le habló de esta manera:

—Amigo Sancho, ayer mismo supe que un hidalgo de un lugar que es villa y está a una jornada del nuestro ha perdido a su mejor criado, el que le llevaba las viñas y los oliva-

res cerca del río que llaman Jabalón. Según parece, se le llevaron unas fiebres y don Juan Trujillo, que así se llama el señor de aquella hacienda, anda buscando un hombre de confianza que le lleve las tierras porque él, aunque sabio en muchas cosas, no lo es en las del campo. Lo conozco bien de mis tiempos en Salamanca, tiene hábitos de buen cristiano aunque no llegó a tomarlos. Viudo de hace muchos años, vive con su madre y una hija casi ya moza que vino al mundo cuando su madre se fue de él. Yo te daré una carta de mi puño y letra para que te presentes mañana mismo en su hacienda y entres a su servicio.

Sancho salió de la casa del cura curado de cuerpo y alma, con una carta metida en el pecho y el pecho henchido de orgullo y esperanza. Cuando llegó a la suya, explicó a su mujer el negocio y Teresa vio que la supervivencia de la familia pasaba por dejar marchar una vez más a su marido, con la tranquilidad de que no se iba al fin del mundo a conquistar ínsulas imaginarias sino a trabajar y ganar dineros de verdad. Su hija Sanchica fue a una era cercana a buscar al rucio mientras Sancho preparaba el poco equipaje que había que preparar. Teresa metió en las alforjas dos mendrugos de pan negro, media docena de zanahorias, un puñado de bellotas y la bota de vino con lo poco de lo bueno que le quedaba, que no llegaría a un par de tragos mal dados. Cuando volvió Sanchica con el rucio se abrazaron los cuatro y lloraron a moco tendido despidiéndose mil veces y prometiendo el padre y marido mandar dineros en cuanto recibiera la primera paga. Caballero sobre su asno, Sancho se alejó de su lugar dejando a su mujer y a su hija sollozando y agitando la mano, que pañuelos no los tenían.

Capítulo II

Que da cuenta de cómo el otrora escudero de La Mancha entró a servir en la hacienda de un hidalgo que tenía visos de caballero

Toda la tarde y noche se pasó Sancho Panza cabalgando en su rucio, y al clarear del alba se cruzó con un labrador que iba al campo con su mula y su arado.

–¡Buenas te dé Dios, hermano! –le dijo Sancho.

–¡Y a ti te las bendiga! –respondió el desconocido, un hombre alto y fuerte, joven pero de cabellos ya blanquecinos, de tez morena y nariz delgada, quien detuvo su paso para atender a la pregunta de quien había topado en el camino.

–¿Conoces, por un casual —preguntó Sancho—, la hacienda de don Juan Trujillo, que debe de estar por estos parajes?

–Bien la conozco, amigo. Acabo de pasar junto a ella, pues se halla a la salida del pueblo tocando al río. No tiene pérdida, sigue este mismo camino y te la has de encontrar por fuerza. Una casa grande con los corrales tapiados que parece un castillo. Pero ¿se puede saber qué negocios te traes con el «señor doliente»?

–¿El «señor doliente»? –pregunto Sancho extrañado.

–Sí, así le llaman a don Juan Trujillo de Benavente, porque desde que perdió a su mujer hace quince años no levanta cabeza, no se le ve apenas y dicen que se pasa los días nostálgico leyendo y componiendo versos. Además, hace dos que ha muerto su capataz, que era quien le mantenía en contacto con el mundo.

–A eso me persono yo aquí. Si alguien es capaz de hacer las veces del infortunado capataz ese soy yo. Sancho Panza es mi nombre y mi antigua profesión la de escudero de don Quijote de La Mancha, luz y norte de todos los caballeros andantes.

–No conozco a vuestro antiguo amo, pero si queréis serlo de este, habéis de estar bien recomendado siquiera para que os permita presentaros ante él, que ya he dicho que es persona de pocas personas. Vive con su madre y su hija, pero la mayor parte del tiempo, según se dice en el pueblo, lo pasa encerrado en su estudio, pues tiene más de poeta que de labrador.

–No hay problema, amigo, que vengo recomendado por el cura de mi pueblo, gran amigo de ese «señor doliente» –dijo Sancho golpeándose el pecho, donde llevaba la carta que le diera el cura.

–En ese caso, llégate allí cuanto antes, que el puesto al que aspiras tiene muchos pretendientes.

De algunos pormenores más, en especial los referentes a cultivos y ganados, se enteró Sancho por boca del labrador, del que se despidió muy agradecido y se encaminó hacia la hacienda de don Juan Trujillo.

Allí llegó en poco menos de media hora. Abrió el portón una muchacha de hasta quince años, con la cara redonda y algo pecosa, despeinada todavía, como si se hubiera caído de la cama. Sancho le dijo que traía una carta de presentación para su señor padre, don Juan Trujillo; ella se la tomó y, dándole con la puerta en las narices, se la llevó para dentro. Al cabo de unos minutos, se volvió a abrir la puerta, ahora en su totalidad, y la misma muchacha hizo pasar al recién llegado y le ordenó que la siguiera. Subieron unas amplias escaleras y llegaron hasta un rellano, también amplio, al que daban varias puertas. La chica abrió una y se retiró. Sancho entendió que debía entrar en aquel aposento y así lo hizo muy poco a poco, sigilosamente, como quien entra a robar. Cuando fue visto por don Juan Trujillo, este,

que tenía la carta en la mano y un monóculo en el ojo izquierdo, se levantó de la silla donde estaba sentado y estrechó la mano de Sancho como si lo conociera de toda la vida.

No le pareció a Sancho el «señor doliente» tan doliente como el sobrenombre indicaba, sino todo lo contrario. Incluso le recordó en algo a su don Quijote, quizá porque eran de parecida edad y porque también era flaco de carnes, aunque no tan alto como su difunto amo. Vestía pantalón marrón, camisa blanca y chaleco de fieltro verde. Botas altas, que no le servían para montar ni para ir de caza, según se enteró más tarde, sino para tener los pies siempre a buena temperatura, pues para cuidar de su salud tenía por lema aquel que reza: «Tenga los pies calientes y no tema accidentes», que Sancho, ducho en refranes como nadie, jamás en su vida había oído.

El habitáculo era grande, dividido en dos estancias: la principal tenía a un lado una mesa a manera de escritorio detrás de la cual estaba el balcón, y al frente una chimenea que daba calidez a todo el cuarto. Las paredes no se veían debido a los libros que se agolpaban en estanterías hechas con tablas de roble. Además había un sillón de piel ajada y tres sillas. Al fondo se veía la alcoba con un camastro alto, un armario y un mueble lavamanos con espejo.

—No hay más que hablar —dijo don Juan quitándose el monóculo—. Dejo a tu cargo, Sancho Panza, el cuidado de mi hacienda. Aquí no te faltará comida ni un rincón en los establos donde dormir, además de hasta nueve reales por semana que podrás mandar a tu casa, aunque para ello has de trabajar bien, pues en esta como en todas las de La Mancha, no se toman truchas a bragas enjutas. Y recuerda lo que decía el rey Alfonso el sabio, que

no dando felicidad,
los dineros son de amar,
pues sin ellos grandes cosas

legítimas e piadosas,
no se pueden alcanzar.

Nuevo amo y nuevo capataz hablaron largo y tendido de los pormenores de la hacienda. No le pareció a Sancho que don Juan fuera tan ignorante de las cosas mundanas como el labrador que encontró en el camino le dijera, al contrario, estaba al día de todo, y desde su balcón, como pudo comprobar, alcanzaba con un catalejo que sustituía al monóculo los olivares y las viñas, y los campos de cebada que se extendían hasta el río. Debajo mismo tenía la puerta de los corrales y desde allí podía contar las ovejas y las cabras que salían y entraban cada día y, en el patio interior, las vacas y terneros que tenía. Sin salir de su aposento no se le escapaba ningún detalle porque a su buena observación se añadía el parte diario de su capataz.

Cada día después de haber cenado cada cual su rancho, Sancho en la cocina con la criada gallega que servía en aquella casa y don Juan con su hija y su madre, que tenía la misma costumbre que su hijo de permanecer encerrada tejiendo y destejiendo como la Penélope de Ulises, se llegaba el capataz al estudio de su amo para explicarle lo que él ya sabía. Don Juan Trujillo abría su libro de cuentas y dejaba hablar a Sancho. Sin levantar el monóculo del papel, escuchaba lo que le decía e iba asintiendo como si se tratara de un maestro tomando la lección a su alumno.

—¿Y qué tal fue el parto de la Rufina? —se interesaba don Juan por una de sus vacas.

—A media noche ya había parido un ternero negro y hermoso de cuarenta kilos. Dentro de unos días lo verá vuestra merced salir del corral más tieso que el Delfín de Francia^[4].

Como no hubiera algún contratiempo grave o no hubiera necesidad de tomar peones como eran menester para la vendimia, la oliva o la siega, las más de las noches la revista se pasaba de prisa, y amo y criado se ponían a hablar de co-